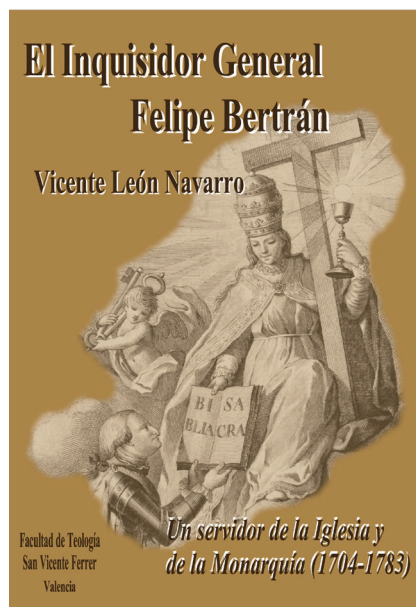


Vicente LEÓN NAVARRO, *El Inquisidor General Felipe Bertrán. Un servidor de la Iglesia y de la Monarquía (1704-1783)*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, 2017, 556 págs., Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII.

La obra de Vicente León Navarro viene a completar, con muy alta calidad, las muchas biografías que sobre personajes relevantes del siglo XVIII se han realizado. No era tarea fácil realizar un estudio de estas características, esencialmente porque no estamos ante un personaje de vida tranquila, dedicado solo a la oración y a la reflexión intelectual, sino que Felipe Bertrán fue un hombre que vivió una vida muy intensa y larga —casi ochenta años—, ocupando puestos de gran responsabilidad en instituciones muy relevantes e influyentes y siendo observado desde las «alta instancias» por todo cuanto hacía y decía: fue un fiel servidor de la Iglesia y de la Monarquía. No se trata, pues, de un personaje más de la centuria ilustrada, sino de un hombre que dejó una huella bien visible entre los de su propia generación.

Vicente León Navarro ha sabido dibujar con trazos finos la vida de un hombre nacido en una cuna humilde que llegó a ser, entre otras muchas cosas, doctor en Teología, canónigo, obispo, inquisidor general, académico de la Historia y, sobre todo, referente de personas con mucho poder en esa España en la que él vivió y que fue escenario de guerras, cambio de dinastía, represión política y religiosa, así como de leves vaivenes en la mentalidad de sus coetáneos. No olvidemos que él fue testigo de un buen número de reformas de casi todo un siglo y que fue súbdito de tres reyes que, aunque tenían mucho en común, también tenían marcadas diferencias, no siendo exactamente lo mismo vivir en la España en la que él nació, la de Felipe V, que en la que murió, la de Carlos III: la Ilustración tardó en llegar, y lo hizo muy lentamente, pero sus efectos empezaron a notarse en los españoles de finales de siglo y en los de principios del XIX. Fue sin duda una persona marcada por sus ideas religiosas y, aunque el autor de



su biografía señala que se acomodó a su tiempo y fue tolerante con quienes no pensaban como él, esta cuestión admite algunos matices.

Estructurado en ocho capítulos, la obra se divide en tres grandes bloques bien compensados y proporcionados, que nos descubren importantes aspectos más allá de los propiamente biográficos del personaje: sociedad, religiosidad, regalismo, jansenismo, política, etc.

En el primer bloque se describe, hasta donde se conoce, cómo va evolucionando en su juventud, formando su personalidad y consolidando su formación intelectual de carácter filosófico y teológico hasta doctorarse en Teología en la universidad de Valencia en 1737; al mismo tiempo se analiza cómo va relacionándose con personajes que serán decisivos en su vida, como el Marqués de Dos Aguas, bajo cuya protección hizo una buena parte de su carrera.

Iniciada su actividad pastoral, desde 1738 hasta 1759 ocuparía varias parroquias y fue ganando un merecido prestigio gracias a su bondad, formación e inteligencia. Hizo diversas oposiciones hasta ganar la canonjía lectoral en la catedral de Valencia en 1759, dedicándose en cuerpo y alma desde entonces hasta 1763, en que fue nombrado obispo de Salamanca, a una vida de predicación evangélica y de formación teológica, en la que los sermones y las referencias a fray Luis de Granada, santo Tomás o san Agustín son constantes. Son años donde predica la palabra de Dios y donde temas como la penitencia, la comunión, la predestinación y la oración las oyen o las leen sus fieles seguidores. Es en esta etapa, de profunda espiritualidad y práctica pastoral donde, en contacto directo con los más humildes, y también con personajes relevantes como Gregorio Mayans, consigue ganarse una bien merecida fama que le llevará, no sin pocos obstáculos, a la mitra de Salamanca.

El segundo bloque se dedica a los años en los que ejercerá como obispo de Salamanca. Es una etapa muy intensa en la vida del nuevo obispo en la que se describe cómo complementa su labor de predicador con la de formador de predicadores. Consciente de cómo influye la difusión de la palabra de Dios en una sociedad tan sacralizada como la del siglo XVIII, desarrollará un fuerte control sobre el clero y la sociedad bajo su jurisdicción.

Bertrán ensalza el sacerdocio y quiere que el clero salmantino esté bien preparado, motivo por el que no duda en hacer visitas pastorales por su distrito y hacer una radiografía de sus defectos y virtudes, lo cual le permite corregir, o intentarlo, los defectos que encuentra en ellos y dejar sus reflexiones en anotaciones muy valiosas. Vicente León aprovecha esta información para reflejar con rigor muchas de las características de la sociedad castellana y del clero de la segunda mitad del siglo XVIII. De todo ello informará al Papa en varias ocasiones.

La expulsión y supresión de los jesuitas ocupa varias páginas realmente interesantes. En ellas se ven cómo Bertrán apoyó la decisión del rey aunque en principio parecía que tal respaldo no había sido claro. Vicente León refleja perfectamente los entresijos de los motivos y la preparación de la expulsión de la orden jesuítica que, cuando se la proscribió en 1767, ya había sido extrañada de países como Portugal y Francia por motivos similares a los de España: la realidad es que el obispo Bertrán ya desde sus tiempos de párroco en Valencia había cuestionado la laxitud de la doctrina jesuítica y su forma de proceder. El apoyo al rey en esta cuestión, como en todo lo demás dada la fidelidad del obispo al monarca, fue total, aunque en este libro se ve que la decisión adoptada fue muy complicada de ejecutar y arriesgada por cuanto era una orden con muchas consecuencias.

Otro de los aspectos a los que se dedica buena atención en este segundo bloque es el de la reforma de los Colegios Mayores.

El enorme poder de los Colegios Mayores, que situaban a sus colegiales en los cargos más importantes de la Monarquía y conformaban una estructura de poder dentro del poder de la Corona, su ambición, su soberbia, su escaso control, así como el deficiente funcionamiento de las universidades, hizo necesario el intento de diseñar una reforma de tintes regalistas que sesgara las prerrogativas de los colegiales y, especialmente, el poder de las órdenes religiosas que los controlaban, singularmente los jesuitas.

El proyecto de reforma no era algo nuevo, ya lo habían intentado varios reyes desde Felipe IV, e ilustrados como Mayans y Olavide lo habían solicitado desde hacía tiempo, pero no se había conseguido. En este libro se ve cómo la situación ya era insostenible y cómo la unión de personajes influyentes como Roda, Pérez Bayer y el obispo Bertrán lo intentarán durante años. Desde aproximadamente 1763 el objetivo de estos tres hombres ilustrados será acabar con el poder de los colegiales, pero era una tarea muy ardua porque suponía enfrentarse a la Iglesia, a los colegiales y a la Universidad, lo que suponía un severo obstáculo hasta el punto de que el propio Bertrán, líder del intento de reforma, y viendo que se dilataba su ansiado objetivo, reconoció haberle causado «un trabajo ímprobo y superior a mis fuerzas». Tras mucho batallar, y ya con el apoyo real, en 1777 el rey firmaba el anhelado decreto de reforma. Magníficas páginas las de Vicente León describiendo lo que era todo un entramado de poder perfectamente incrustado en las estructuras institucionales y lo mucho que costó disolverlo.

El tercer gran bloque se dedica a analizar al obispo Felipe Bertrán como nuevo Inquisidor General, así como los últimos años de su vida.

El obispo salmantino fue nombrado Inquisidor General en 1775 tras la muerte de Quintano Bonifaz, siendo un hombre de edad ya muy avanzada —70

años— aunque intelectual y físicamente todavía con el suficiente vigor para dirigir una institución que ya no tenía el poder ni la influencia que había tenido, pero que todavía era respetada por los menos y temida por los más. El Santo Oficio de la segunda mitad de siglo XVIII ya no era el que había sido hasta décadas antes, por lo que Bertrán se encuentra una institución que, aunque sigue siendo respaldada por la Monarquía y por la Santa Sede, era ya muy contestada por la mayor parte de la población. Además, ya era un tribunal que casi solo se limitaba al control de los que atacaban a la Monarquía o a la Iglesia, y así lo seguiría siendo hasta su ya inminente primera derogación. El mandato de Bertrán coincide con una etapa en la que ya se oía el rumor de su abolición, aunque es verdad que la Corona y también la Iglesia no querían saber nada de ello.

Bertrán dirigirá durante casi ocho años una institución con muy recortadas competencias, arruinada económicamente, con una infraestructura diezmada que ya no estaba presente en miles de pueblos y repudiada por una gran parte de la sociedad hastiada del control y las penurias a los que había estado sometida desde que se creara allá por 1478. Ya no se encausaba tanto, y los ejecutados eran ya contados, pero por los banquillos inquisitoriales todavía seguían desfilando ciudadanos que eran encarcelados casi siempre solo por delitos de opinión: el miedo a verse involucrado en temas de Inquisición se mantenía vigente.

La principal misión de Bertrán durante su mandato fue hacer que la institución siguiera funcionando para así ayudar a mantener el poder de la Corona y de la Iglesia, y juzgar a personas como Pablo de Olavide, que por su visión reformista de la vida se vería inmerso en un proceso inquisitorial que le acabaría condenando a casi una década de prisión. El autor de este libro, Vicente León, bucea en los entresijos del proceso a tan insigne procesado, y aunque esta causa ya está muy bien estudiada, aporta algunos aspectos importantes relacionados con la intervención del Inquisidor Bertrán y muestra algunas particularidades más de su personalidad que nos ayudan a conocerle mejor. ¡Quién le iba a decir a Bertrán que una de las cosas por las que pasaría a la Historia fue por haber sido el máximo representante de una institución que procesaría a una de las personas que más hizo por sacar a España del atraso ancestral en el que llevaba siglos!

La obra termina con unas páginas dedicadas a las últimas semanas de vida del obispo Bertrán. Se reflejan en ellas la vida rica de acontecimientos, los momentos de duda y también de generosidad, así como la profunda espiritualidad de un personaje que, sin duda, dejó una huella importante en la sociedad del siglo XVIII.

El rigor de esta obra, bien estructurada y escrita, se apoya no solo en los amplios conocimientos que el autor tiene sobre el personaje, sino en la profusa

consulta de documentos guardados en los archivos y bibliotecas más específicos. Archivos diocesanos, universitarios, parroquiales, generales y provinciales, así como bibliotecas españolas y francesas, han aportado innumerables obras y documentación que han sido exhaustivamente escrutados por Vicente León durante varios años de su vida. Será muy difícil, por no decir imposible, superar el retrato hecho a Bertrán por Vicente León.

De la misma manera, el autor ha estudiado, y de ello se da cuenta en la correspondiente y copiosa bibliografía —más de doscientos títulos de especialistas españoles y extranjeros—, prácticamente todo lo publicado que de una u otra manera permitía definir minuciosamente los múltiples aspectos biográficos del insigne obispo. Reseñar una obra de este rigor y calidad es un enorme honor para todos los que amamos el conocimiento.

ÁNGEL DE PRADO MOURA